

LIBROS

La novela y sus teorías

El creciente interés por el problema de la narración ha llevado a críticos, teóricos y hasta los mismos novelistas a reflexionar acerca de la esencia del género. Todas las escuelas de crítica de este siglo han hecho incursión en la novela, creando muchas de ellas una verdadera teoría de la narración. La crítica en lengua española, como afirman Germán y Agnes Gullón (1) en una singular muestra antológica de «aproximaciones hispánicas» a la teoría de la novela, se ha mantenido —por distintos motivos— con menos interés por la teoría del género. Si bien es cierto que la crítica, tanto española como hispanoamericana, ha dedicado sus mejores esfuerzos a la poesía y su análisis, la narración ha quedado, en teoría solamente, menos aventajada que los demás géneros. Quizá la función más importante de una antología como ésta sea el estímulo a la reflexión no sólo acerca de la problemática narrativa, sino —sobre todo— a un conocimiento directo y preciso acerca de lo que es la crítica literaria en lengua española y su respuesta concreta ante un determinado tema. Esta doble dirección que muestra este libro puede ser la base tanto para una teoría de la crítica así

como para lo que la antología se propone: una confrontación de distintos planteos frente a los distintos problemas que ofrece el género narrativo. Otro de los intereses de la obra lo constituye la comparación de las distintas opiniones de escritores de una misma época y lugar (Ortega, Unamuno, Baroja). En este sentido, las opiniones de Ortega (*Ideas sobre la novela*) y la réplica de Baroja (*Prólogo casi doctrinal sobre la novela*) muestran un estado de la crítica, sus cualidades, sus defectos, su poder prospectivo. La relectura de Unamuno (prólogo a *Tres novelas ejemplares y un prólogo*) lo muestra dentro del contexto de opiniones, con una clara conciencia como autor y una cierta originalidad como teórico y como práctico. Cierran el capítulo dedicado a la novela dos muestras de la crítica hispanoamericana, curiosamente escritas por dos novelistas: Ernesto Sábato y Mario Vargas Llosa. El trabajo de Vargas Llosa (*En torno a la nueva novela latinoamericana*) es, con seguridad, el mejor panorama interpretativo acerca del tema. El segundo capítulo, dedicado al «autor, narrador y lector», reúne una estimulante diversidad de autores y puntos de vista: el impresionismo de Juan Benet (*La inspiración y el estilo*), la exposición didáctica de Enrique Anderson Imbert (*Formas en la novela contemporánea*), las teorías ensayísticas de Eduardo Mallea acerca del punto de vista y dos destacables trabajos: el de León Livingstone (*Duplicación interior y problema de la forma en la novela*) y el de Francisco Yndurain (*La novela desde la segunda persona. Análisis estructural*), que muestran la integración de la crítica en español con las gran-

des corrientes críticas actuales. Esta madurez y cosmopolitismo de la crítica se reiteran en la tercera parte —dedicada al tiempo y espacio en la novela— con los trabajos de M. Baquero Goyanes y el original estudio de Ricardo Gullón acerca de los espacios en la novela. Cierra el libro el capítulo dedicado a los personajes novelescos. Hay que destacar el importantísimo trabajo del famoso hispanista norteamericano Joseph E. Gillet (*El personaje autónomo en la literatura española y europea*), en el que con un criterio comparatista analiza histórica y temáticamente un hecho que parece ser invención española: la rebelión del personaje contra el autor. El estudio de Alejo Carpentier (*Papel social del novelista*) completa el libro, agregando una objetiva visión acerca de la relación novela-compromiso, reiterando la vida presente y el innegable futuro del género narrativo, desterrando así la idea de la muerte de la novela, de su agotamiento o su fatiga. Epocas como ésta necesitan libros como esta antología, ya que ordenan los criterios no ya acerca del tema, sino también —y esto quizá sea lo importante— acerca del funcionamiento de la crítica y los elementos con que ella cuenta. Crítica y novela, teoría y práctica, se hallan en esta antología como elementos capaces de estimular a varios niveles de lectores, ya que quienes busquen información encontrarán las más variadas opiniones sobre el tema, y quienes quieran reflexionar, el punto de partida más completo para alcanzar una equilibrada opinión personal acerca de un tema que seguirá suscitando tantas teorías como prácticas lo sustentan. ■ ROBERTO YAHNI.



La condición emigrante

«Entre diez y once millones de personas —depende de los criterios estadísticos— trabajan actualmente en Europa fuera de sus países de origen. La magnitud de tal cifra permite calificar el fenómeno migratorio que ella cuantifica como de una importancia primordial. Hasta tal punto la tiene, creemos, que sus orígenes y consecuencias, sus implicaciones y entidad, son fundamentales para entender la realidad social, económica y política europea contemporánea». Con esta frase inicia Guillermo Luis Díaz-Plaja el libro *La condición emigrante* (1), fruto de una ayuda a la investigación concedida por el Instituto de Técnicas Sociales en 1972. Tan extraordinaria magnitud en la cifra de emigrantes bastaría, en efecto, para demostrar que es éste uno de esos casos donde lo cuantitativo transforma el fenómeno en cualitativo. Y así podrá afirmar Díaz-

Plaja que «la emigración de trabajadores extranjeros está, pues, indisolublemente ligada a la economía europea», insertando su discurso en la tesis de Rosa Luxemburgo cuando hablaba de aquella necesidad sentida por el capital «de poder movilizar sin restricción todas las fuerzas de trabajo...». En el estadio actual del capitalismo, la mano de obra extranjera ha sustituido a los anteriores procesos desruralizados. Cumplido el drenaje campo-ciudad, se pasa ahora al trasvase de los países con alta demografía a los países con alta industrialización y bajo coeficiente natalicio.

Si la comparación simple es ya impresionante (la cifra de trabajadores extranjeros equivalente, por ejemplo, a un tercio de la población total española y supera a la portuguesa), aún lo es más cuando consideramos cifras netas de población activa. De los ciento siete millones de trabajadores estimados para el conjunto de la Europa no socialista, más del 10 por 100 son obreros emigrados.

A este amplio colectivo laboral, disperso por una geografía que no

es la suya (precisamente porque tampoco lo era la del país donde nació), es al que se ha dirigido Díaz-Plaja. Entre marzo y noviembre de 1972 viajó por Suiza, Alemania Federal y Francia. Allí trató y conoció a los españoles del exilio económico, que llenaron con sus testimonios personales la ausencia «de una imposible vivencia de primera mano» y aportaron así el latido humano a las investigaciones documentales y bibliográficas (Bosquet, Cinnani, Granotier, Hagemann, Hermet, etcétera). De esta unión entre documentación y vivencia nace el libro, muy expresivo del modo de hacer de su autor y del que los lectores han tenido repetidas muestras en esta misma revista (2).

Por ello, *La condición emigrante* no es sólo una visión global (eu-

(2) Sobre el tema que nos ocupa publicó precisamente TRIUNFO cuatro reportajes: «Suiza 72: los emigrantes temporeros» (número 513, 29 de julio de 1972), «Suiza 72: el búnker» (número 514, 5 de agosto de 1972) y «Los síntomas del milagro alemán» (números 517 y 518, 26 de agosto y 2 de septiembre de 1972).

(1) Germán y Agnes Gullón. *Teoría de la novela*. Taurus. Madrid, 1974.

ropea, para ser más exactos), sino también un particular estudio referido al caso de los casi dos millones de españoles en Europa. Españoles que siguen saliendo (23.828 en el primer trimestre de este año, según datos del Instituto Español de Emigración) y españoles que siguen acrecentando esa fuerte suma de más de treinta mil millones de pesetas anuales en divisas para una economía que no sabe, no puede o no quiere darles empleo. No es mucho lo que reciben a cambio: «Para asistencia social tocan a 13 pesetas por emigrante y año; para asistencia jurídica, 101 pesetas; para educación, 17,50 pesetas; etcétera». O también: «los centros que podríamos llamar "oficiales" ponen el énfasis en las actividades recreativas y de ocio. El bar surtido de productos españoles y los bailes frecuentes son piezas clave de esta prolongación extraterritorial de panem et circensis. Otras actividades incluirían excursiones, campeonatos de fútbol, concursos de belleza, cine en español e incluso algunas bibliotecas de contenido convenientemente depurados... Estos españoles de Suiza, de Francia o de la Alemania Federal son los verdaderos protagonistas de los hechos y de los problemas. «Para lo primero —dice el autor— se puede ser un espectador frío; a lo segundo no he podido permanecer impasible».

■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

«La sociedad al día»

El viejo pleito sobre la orientación del quehacer sociológico no lleva trazas de pronta resolución en esta audiencia más bien subjetiva y personalista que es el mundillo de nuestros sociólogos. La cuestión es que tras la esgrima epistemológica se disimulan razones menores, desde el puro juicio de valor al puro mandoble, con el resultado de que, al menos en la impre-

sión del lego o del catecúmeno, parece que hubiera varias sociologías recíprocamente excluyentes en base a conocidos contrastes ideológicos. Empirismo y teoretismo, «construcciones» ideales y «modelos» prácticos, filosofías del consumo o del conflicto, se oponen apresuradamente. Es una vieja discusión ideológica, un doble dogma empeñado entre lo diestro y lo siniestro, al que no le falta su dosis apreciable de razón, sin embargo. Es, en fin, como dicen que decía d'Ors, una «grave cuestión baladí».

Tan larga introducción se propone colocar el siguiente juicio sobre un libro del profesor Del Campo, *La sociedad al día* —Ediciones del Espejo, 1974—, en un terreno, dentro de lo que cabe, imparcial. El autor de este libro es figura difícil de encuadrar en los anteriores términos polémicos, y uno, por supuesto, no se lo propone. Del Campo es hombre de formación americana, supongo que adepto no enteramente ortodoxo de la visión «estructurofuncionalista» (que es como se dice ahora) y práctico laborioso de una disciplina que él entiende —insisto en que es una opinión— como una síntesis cuya virtud debe derivarse de la investigación concreta, en armonía con unos presupuestos teóricos no demasiado complejos. El

aspecto de la REOP en la época en que él la dirigió, el tono de sus trabajos sobre demografía y estructura o cambio social, creo que avallan la presunción que queda hecha sobre su inclinación «práctica»; de otro lado, la lectura de *La sociología científica moderna* evidencia, por la otra cara del transparente, que ni le son ajenas ni le obsesionan las discusiones que, al deslumbramiento de otros prestigios —los de la sociología «comprensiva», el de los ventisqueros de Francfort, etcétera—, nos hemos acostumbrado a llamar «de altura».

En fin, creo y asumo el riesgo de decir que Salustiano del Campo practica una sociología que, a mi modesto entender, se aproxima más y resulta más vicaria de la «política social» que de la «filosofía social». Es decir, que ha hecho de su dedicación profesional un ejercicio modesto e ingrato —no sé si deliberado— de desbroce de la realidad social inmediata al servicio de una pretensión de neutralidad científica y de un proyecto de mejora, repitámoslo, dentro de lo que cabe.

En fin de cuentas, entre tantas definiciones y estocadas previas, resulta que la sociología de que disponemos raramente cumple una función que, bien mirado, debiera tenerse por

legado irrenunciable de su propia y originaria tradición: la de la crítica real, comprometida y montada sobre la pasión —más sufrida y modesta de lo que pudiera creerse— de la vida cotidiana, de sus entresijos, de sus contradicciones grandes o pequeñas.

*La sociedad al día* —al margen de cualquier valoración previa— es un testimonio raro de este tipo de quehacer en que el sociólogo se compromete con el terreno gris y, sin embargo, arriesgado de la crítica que pudiéramos llamar cotidiana. Básicamente, éste es un libro periodístico, de buena factura crítica y que suple el posible desgarbo estilístico con la virtud de una probada seriedad en el conocimiento de los temas: temas generales y temas específicamente españoles.

Se trata de un volumen de artículos breves aparecidos en «El Europeo», de visible pretensión divulgadora y con los que el autor ha ido intentando tomarle las medidas al cuerpo no poco jorobado de la sociedad española actual. Pero es importante aclarar que, aun escritos al filo de la actualidad o de la incidencia, los trabajos no se plantean discursivamente, sino que se montan en la crítica objetiva de los datos —oficiales o no— y en la revisión, no pocas veces elocuente, de

las maniobras estadísticas. Todo un apartado sobre la educación en España o sobre el tema «política española», así como los antes mencionados, tratan de aclarar la realidad que aquella maniobra estadística con frecuencia trata de oscurecer en lugar de aclarar. En resumen: lo que Del Campo cuestiona revisando cifras y datos sobre la emigración, la presencia de la mujer en el trabajo, la estructura ocupacional o los problemas de la reforma educativa, no es sino la cuestión fundamental del valor que tienen y el que debieran tener los llamados «indicadores sociales». En este sentido, la labor realizada por el autor, sin perjuicio de su carácter ocasional, es importante especialmente por el tono independiente y por la dureza de algunas de las críticas contenidas, y aún más por la hábil ironía y hasta por la malicia alguna vez desafiante sobre las que discurre esta curiosa operación crítica.

De *La sociedad al día* se deducen muchas cosas, quizá no sistemáticas a la primera de cambio por el lector más o menos lego, pero útiles, sin duda, para quien sepa apreciarlas a su vez como un «indicador» más.

Hay al final del libro, cerrando el apartado «Política española», una a modo de exégesis optimista sobre determinadas circunstancias sociopolíticas del país, en la que esta crítica no entra por razones de estricta neutralidad, y no por arrimar o desarrimar ascua alguna. Juzgue el lector eventual sobre el riesgo de ese optimismo del profesor Del Campo y decida por su cuenta. En cualquier caso, ésas son tres o cuatro páginas entre las trescientas de un libro en general agresivo, exigente y preciso. Poner «la sociedad al día» exigirá, esto sí que es evidente, que los sociólogos se pongan al día a su vez. Como lo ha intentado, pertinaz, modesta y casi oscuramente en esta ocasión, un sociólogo profesional. ■ J. A. G. M.

No ha sido muy sincera nuestra historia...

La lectura de la poesía española actual me sigue causando la misma impresión desalentadora que desde fines de la década del sesenta empezaba a experimentar. Me encuentro, día a día, ante unos intentos en los que no consigo vislumbrar ni ya soluciones definitivas, sino ni siquiera un alumbramiento de caminos posibles donde transitar esperanzadamente. Hablo, por supuesto, a niveles generales. Hay una inercia reiterativa en la que se diluyen invariablemente temas y formas epigónicos o ecoicos. El mimetismo parece estar a la orden del día, ayudado por una notoria pereza frente a la escritura. Por otro lado —y ocupando una posición igualmente relevante—, se encuentran las conaturales deficiencias de un lenguaje tercaamente retórico, sustancial y potencialmente vacío, que ya no permite demasiadas libertades, que ya consume sus últimos residuos en una agonía realmente grotesca.

No es, pues, casualidad que, en un panorama como éste, la colección de poesía «El Bardo» haya decidido editar sus últimos poemas: una antología de Poetas españoles poscontemporáneos (1). Ya se cura en salud el editor al aludir, en la nota preliminar, a la dificultad que entraña el determinar claramente los conceptos de poscontemporáneos, de españoles y, sobre todo, de poetas. Lo mismo cuando reconoce el difícil contentamiento que suele darse a lectores, a críticos y, especialmente, a escritores con una antología; máxime si, como esta que nos ocupa, confiesa estar confeccionada «siguiendo el democrático y españolísimo método de la designación a dedo». Ríos de tinta se han consumido in-

(1) Varios autores. Poetas españoles contemporáneos. El Bardo. Barcelona, 1974. 338 páginas.

